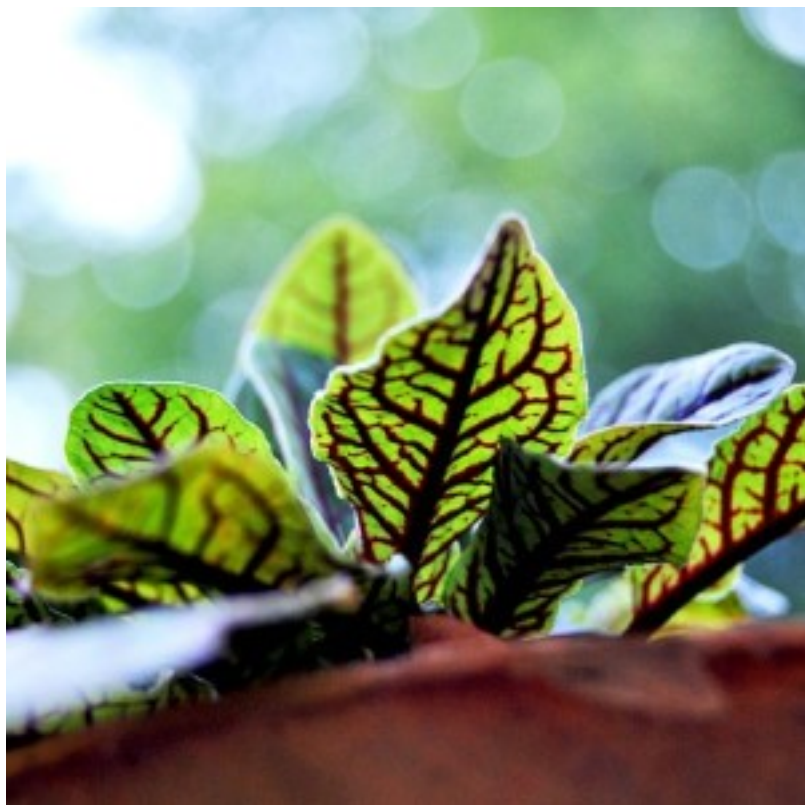


Imaginando la gracia



Imagínate esto: Un hombre, completamente descuidado de todos los asuntos morales y espirituales, vive su vida en un completo egoísmo, el placer es su única búsqueda. Vive la vida alta, nunca reza, nunca va a la iglesia, tiene numerosos asuntos sexuales, y no se preocupa por nadie más que por sí mismo. Después de una larga vida de esto, es diagnosticado con una enfermedad terminal y, en su lecho de muerte, se arrepiente con lágrimas en los ojos, hace una confesión sincera, recibe la Eucaristía, y muere dentro de la bendición de la iglesia y sus amigos.

Ahora bien, si nuestra reacción es: "¡Bueno, el afortunado! Entonces (según Piet Fransen, un renombrado teólogo de la Gracia) todavía no hemos entendido en absoluto las obras de la gracia. En la medida en que todavía envidiamos a aquellos que no tienen moral y deseamos excluirlos de la gracia de Dios, nos consideramos a nosotros mismos como el "Hermano Mayor" del Hijo Pródigo, de pie fuera de la casa del Padre, en la envidia y la amargura.

Enseño en un seminario que prepara a los seminaristas para la ordenación. Recientemente nuestro profesor de Teología Sacramental compartió esto: Desde hace más de cuarenta años imparte un curso sobre el sacramento de la Reconciliación, y sólo en los últimos años los seminaristas lo han pedido: "¿Cuándo tenemos que negarnos a dar la absolución en confesión?"

¿Qué es lo que aparece en esta preocupación? Los seminaristas que hacen la pregunta son, sin duda, sinceros; no están tratando de ser rígidos o duros. Su ansiedad es más bien por la gracia y la misericordia. Están sinceramente nerviosos por tal vez dispensar la misericordia de Dios demasiado liberalmente, demasiado barato, demasiado indiscriminadamente, en esencia, demasiado injustamente. Su temor no es tanto que la misericordia de Dios sea limitada y que haya gracia para todos. Eso no. Su preocupación es más que dar gracia tan liberalmente que están siendo injustos con aquellos que están practicando fielmente y soportando el calor del día. Su miedo es a la justicia, la justicia y el mérito.

¿Qué está en juego aquí? Esa gracia no es algo que merezcamos. Después de que el joven rico del Evangelio rechace la invitación de Jesús a dejarlo todo y seguirlo, Pedro, que vio este encuentro y que, a diferencia del joven rico, no rechazó la invitación de Jesús y renunció a todo para seguirlo, le pregunta a Jesús es qué van a recibir a cambio los que renuncian a todo. En respuesta, Jesús le cuenta la parábola del generoso dueño de la tierra y de los trabajadores de la viña que llegan en diferentes momentos, en los que algunos trabajan durante muchas horas y otros prácticamente sin trabajar, y sin embargo todos reciben la misma recompensa, dejando a los que trabajaron todo el día y soportaron el calor del sol amargados por lo que consideraban una injusticia. Sin embargo, el dueño de la viña (Dios) señala que no hay injusticia aquí, ya que todos han recibido un rendimiento demasiado generoso.

¿Cuál es la lección profunda? Siempre que estamos protestando que no es justo que aquellos que no son tan fieles como nosotros pero que todavía están recibiendo la misericordia y la gracia de Dios, estamos a lejos de entender la gracia y vivir plenamente dentro de ella.

Mi higienista dental sabe que soy un sacerdote católico y le gusta hacerme preguntas sobre religión e iglesia. Un día compartió esta historia: Su madre y su padre, por lo que ella sabía, nunca habían asistido a la iglesia. Habían sido bastante benignos con la religión, pero no les interesaba. Ella, su hija, había comenzado a practicar como metodista, principalmente por la influencia de amigos. Luego murió su madre y mientras hablaban de los planes para un funeral, su padre reveló que su madre había sido bautizada como católica romana, aunque ella no había practicado desde sus años de escuela intermedia. Sugirió que trataran de organizar un funeral católico romano para ella. Dados todos esos años de ausencia, con cierto temor se acercaron a un sacerdote de una parroquia cercana para preguntarle si podían tener un funeral católico romano para ella. Para su sorpresa, la respuesta del sacerdote no fue vacilante, sino cálida y acogedora: "¡Por supuesto, podemos hacerlo! Será un honor! Y después organizaré un coro y una recepción en el salón parroquial".

No se exigió ningún precio por la ausencia de por vida de su madre de la iglesia. Fue enterrada con todos los ritos de la Iglesia... y su padre, bueno, estaba tan conmovido por todo esto, la generosidad de la iglesia y la belleza de la liturgia, que desde entonces ha decidido convertirse en un católico romano.

Uno se pregunta cuál habría sido el efecto si el sacerdote hubiera rechazado ese funeral, preguntando cómo podrían justificar un funeral de iglesia cuando, durante todos estos años, no estaban interesados en la iglesia. Uno se pregunta también cuántas personas encuentran esta historia reconfortante en lugar de incómoda, dado el fuerte ethos eclesial de hoy en día, en el que muchos de nosotros alimentamos el miedo de que estamos entregando la gracia y la misericordia a un precio demasiado bajo.

Pero la gracia y la misericordia nunca se dan a bajo precio ya que el amor nunca es merecido.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/imaginando-la-gracia